

nes, las reiteraciones, las distorsiones, las tildes anacrónicas, la carencia total de diéresis, signos de admiración o interrogación que se cierran sin haberse abierto... Un amplio repertorio de disparates como para poner a prueba la paciencia de cualquier lector. Para no hablar de los nervios del autor.

Hojas de papel forma parte del homenaje que la Universidad Nacional le ha ofrecido a Mejía Vallejo para conmemorar ocho lustros de vida literaria. Un Medellín ya desaparecido de fachadas republicanas, tertulias de escritores de bigote y borsalino rodeados de aguardiente, niebla de tabaco y puticas enamoradas; bares de candilejas coloradas a la deriva en la noche, como buques espectrales, por entre juergas de padre y señor mío y episodios de melodrama o crónica roja —esa zona tórrida evocada con *saudade* y excelente pluma por Juan José Hoyos en *La última muerte de Guayaquil*—, todo ello desfila implícita o explícitamente por estas hojas de papel. Que se hallan muy cerca de la excelencia en *La Vieja Antioquia*, inmersión en busca de las raíces del ser antioqueño (el artículo se inicia al amanecer del Descubrimiento y concluye en los recuerdos envejecidos de los abuelos, cubiertos por el polvo de la babel de cemento que trepa hacia las nubes); en *La ciudad en fuga*, cuyo comienzo empata con el punto final de la *Vieja Antioquia* y que registra demoliciones, ensanches y nuevas fundaciones; y en *Don Benigno y nuestra identidad*, muestrario de las heridas irreparables y el sonambulismo que entraña la amnesia cultural, y un pionero en eso de la valoración de lo propio, el sonsonero don Benigno A. Gutiérrez.

Convocador de sombras en un crepúsculo sombrío, Mejía Vallejo ofrece en sus ensayos pensamientos que son fruto de una rumia concienzuda. Sobre la semana santa: “era en realidad una fiesta hermosa por el hondo teatro que llevaba, donde el dolor hacía de protagonista. Y el ritual solemne y el sentido religioso de una magnificencia más alta que nuestros propios sentidos”. Sobre los

escritores costumbristas: “en una forma u otra de allí venimos todos, frecuentemente sin llegar a superarlos”. Sobre las verdades en salsa de formol: “solamente los bobos y fanáticos tienen verdades definitivas, y de ellas se aferran como de una ubre porque los amamanta su carencia de imaginación”. Define de mano maestra la modestia consustancial del poeta Hernando Rivera Jaramillo: “Quería ser nadie, borrarse un poco para morir menos a la hora de morir”.

Bajo el postulado sensiblero de que “querer, pero querer a fondo, es una categoría estética” (“querer los trenes y los tractores*****”) es una buena condición humana, una especie de servicio obligatorio de la conducta), contiene también una serie de formulaciones inadmisibles por enfáticas o por apoyarse en sofismas. Dice, por ejemplo, que la poesía es “esa otra forma de la respiración”. A pesar de las reservas del *en cierta manera*, nos cuesta trabajo aceptar que “toda novela es un chisme largo”, acaso por la acepción peyorativa del vocablo *chisme*. Sostiene que “lo clásico tiene el poderío de ser intemporal, así esté inscrito en una época y un espacio determinados”, pero después de Borges sabemos que lo clásico es relativo, es decir, sujeto a las veleidades de la historia y la geografía. “La vida siempre ha sabido más que la filosofía”, generaliza la pág. 61, y uno se pregunta qué sentido tienen en el contexto *filosofía, vida o saber más*. Es cierto que abundan sistemas filosóficos que, como las hermanastras de la Cenicienta, intentan acomodar lo real por las malas entre moldes primorosamente elaborados, pero tales sistemas no son la filosofía.

En innumerables pasajes proliferan larguísimas listas de nombres, *silencios llenos de “sabitud”*, polisíndeton en demasía, adjetivación de floripondio, enumeraciones altisonantes (“otro rincón de la tierra donde crecen árboles con permiso del aire, donde el viento quiere defender todavía su vocación de altura”), exuberancias de cucurbitácea (“escritor, un oficio más entre tantos

oficios, [...] como sobar la cabeza del hijo soñoliento. Como llorar”), almíbares de epistolario sentimental (“el verso untaba el labio de fiebre y temblor en ausencias de luna”), prodigiosa profusión de anécdotas, vengan o no a cuento. Ante algunos ensayos (*Barba Jacob, Carta a un escritor joven, Liderazgo de la nostalgia*) uno tiene la no muy grata impresión de sorprender las expansiones querendonas de un beodo pasmado con los primeros gallos. Con la última página puede quedar, en palabras de Louis Pauwels, “un poco de calor, pero ninguna luz”.

No hace mucho decía un intelectual de cafetín que “no me gusta la escritura de Mejía Vallejo, por provinciano”. Ignoro si *provinciano* significa aquí habitante de la provincia o escritor sobre la provincia. Ninguna de tales opciones justifica ese parecer, pero la segunda menos aún, pues todo buen escritor —de Homero a Cervantes y García Márquez— logra instaurar lo universal entre las cuatro esquinas de su terruño, llámese Liliput o Macondo. Ciertas deficiencias —cosmopolitismo a ultranza o chauvinismo parroquial— no son achacables al lugar de nacimiento de un autor.

HUMBERTO BARRERA ORREGO

Para llevar a una isla desierta

Antología de lecturas amenas

Darío Jaramillo Agudelo

Editorial La Rosa, Bogotá, 1986, 141 págs.

Los devoradores de libros, tarde o temprano, se enferman de un mal gravísimo: el prejuicio. Son personas que no podrán jamás recobrar la cándida inocencia del que lee el nombre de un autor en la portada de un libro como si fuera el de cualquier desconocido encontrado por error en el directorio telefónico. Dichosos aquellos que al ver *Fernández de Moratín* no sienten la punzada del aburrimiento, o al percibir *Raymond Queneau* no tienen la premonitoria

certeza del deslumbramiento.

El único remedio contra el prejuicio literario, esa enfermedad profesional de los golosos del papel garabateado, es la conciencia del propio mal: como del próximo libro de David Leavitt no puedo sino esperarme algo excelente, cuando lo lea, si soy buen lector, estaré obligado a tener la suficiente lucidez como para dejar alguna ventana abierta por donde pueda llegar a vislumbrar, si lo hay, el menor indicio de decadencia.

Hago todo este preámbulo porque cualquiera que haya leído bien *Historias* de Darío Jaramillo Agudelo se habrá quedado, como yo, con el prejuicio de que alguien que escriba los poemas colombianos más estimulantes de la pasada década, está destinado a seguir produciendo obras sobresalientes mientras Zeus lo mantenga en vida y sano juicio. Por este motivo he tratado de leer su *Antología de lecturas amenas* con una mente llena de ventanas. Claro que en este caso hay algo que facilita la imparcialidad: una antología es sólo en parte obra del antólogo; pero de todas formas no deja de ser cierto —y aquí denuncio la falacia del proverbio— que nada disgusta tanto a un lector como que le discutan sus gustos.

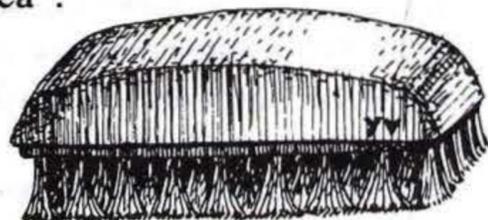
¿Qué es una antología? ¿Para qué sirve? Jaramillo, en su premisa al libro, dice que es un “variado menú de textos”, y la metáfora gastronómica parece adecuada. Sigámosle la corriente: podemos entrar en una antología como a un restaurante donde no sólo nos entregan el menú, sino que nos dan la oportunidad de probar todos los platos antes de escoger los que más nos gusten, los que nos queremos comer de pe a pa. Con la ventaja de que mientras los probamos tenemos el *chef* al lado —detrás, y en el caso de esta antología— que nos ilustra los platos: “Este se hace así, aquél tiene tales ingredientes, este otro es de antier pero aún está bueno”.

En este libro el *chef* Jaramillo (fuera de ser siempre lacónico y preciso) es, por un lado, indulgente, y por el otro, generoso. Indulgente, porque a veces elogia platos que, estoy seguro, él no se atrevería a tocar

por miedo a una indigestión, y generoso, porque le recomienda al cliente otros restaurantes: ese de Guatemala, donde sirven dinosaurio cuando uno se despierta; o aquel otro medio polaco, medio inglés, que casi siempre ofrece comida de mar; o esos argentinos llenos de laberintos para el que se empeñe en comer minotauro. En fin, quiero decir que una antología buena como ésta sirve para no tener que comprarse un libro entero con el riesgo de que no nos guste y tengamos que dejarlo empezado.

Pero ya van como dos páginas y seguimos en la sopa. Pasemos, pues, al seco. Empecemos por la causante de tantas obsesiones culinarias: doña Sofía Ospina de Navarro, de quien el recopilador ha escogido un cuento: *El favor de san Antonio*. No hay duda que el chiste alargado (amasadado, dejado en reposo, vuelto a amasar) de doña Sofía es ameno. Tiene la chispa sana de la matrona inteligente. Pero tampoco dudo que sus deliciosas recetas son mucho mejores y van a durar mucho más tiempo que sus salidas ingeniosas.

Aunque, pensándolo bien, la longevidad de los textos literarios es algo imprevisible. A veces Colcultura hace milagros paragonables al de Lázaro. Y en su antología Darío Jaramillo refrenda uno de esos milagros al disturbar el eterno reposo que debería disfrutar el relato *Mister Chimp*, de Santiago Pérez. En comparación, las dos crónicas de José María Cordovez Moure son infinitamente superiores. De todas maneras, si un país no tiene una tradición literaria antigua y valiosa es inútil inventársela, tratar de exprimirla en relatos tan fallidos como éste de Pérez. En el fondo es mejor resignarse a ser provincia que ostentar lo que no se posee. No sea que nos pase como a esos bogotanos que, tan convencidos de la centralidad cultural de su ciudad y no contentos con el propio apodo, se refieren a la capital de Grecia como “la Bogotá europea”.



Para seguir con el tema de provincias y regionalismos montañosos, es oportuno darle una relectura a “*¡Que pase el aserrador!*” de Jesús del Corral. No me atrevo a negar que este ejemplo de minipicaresca paisa sea divertido. Pero en el “tema de ejercicio” respectivo (porque Jaramillo, en sus notas al fondo, les recomienda a sus lectores adolescentes una serie de actividades casi siempre atinadas) yo hubiera propuesto dos reflexiones sobre el texto: ¿De qué profunda inseguridad serán víctimas los paisas, que para afirmarse tienen que declarar siempre la supuesta majadería de los otros? (Obsérvese que en el cuento de Del Corral el indio boyacense es majadero, que el otro aserrador es majadero; más todavía: que en todo el cuento hay uno solo que no es majadero. El personaje, como todo antioqueño que se respete, está patéticamente convencido de ser la persona más viva del mundo). Y la segunda reflexión: ¿Por qué a algunos políticos paisas les gustará tanto un relato en el cual la inteligencia y el éxito se indentifican con el engaño, con la mentira y con el fingimiento?

El primer texto que aparece en la antología toca también el tema del fingimiento. Es un célebre artículo de García Márquez, delicia de los escritores y lectores empíricos e insomnio de críticos y profesores universitarios. El pequeño ensayo es certero y su autor es justo cuando les toma el engominado pelo a ciertos maestros que no piensan lo que leen, sino que lo miran a través de lupas sociológicas, psicológicas, o simbólicas. Pero no podemos dejarnos engañar por una lectura apresurada del artículo y suponer que García Márquez sugiera la total ingenuidad como ideal para acercarse a los libros. Un curso de literatura debe ser, sí, una buena guía de lecturas, pero en esta guía se pueden y se deben indicar maneras para descubrir cómo se construyen los textos literarios.

Si leer es una trampa —como dice Jaramillo en su introducción—, escribir es inventarse un truco. La trampa de la lectura funciona cuando el escritor sabe manejar las artimañas de

su oficio. En una entrevista reciente sobre su última novela, *El amor en los tiempos del cólera* (*El País*, Cali 12 de diciembre de 1985), García Márquez observaba: "Pienso que donde yo tropiezo tropieza el lector, y donde el lector tropieza despierta. Y si despierta, hay el riesgo de que se escape, y el interés primordial mío es agarrarlo del cuello desde el principio y no soltarlo hasta el final". No es que García Márquez se haya convertido a ciertas corrientes de la crítica moderna y ahora admita que hay técnicas sutiles para seducir a los lectores. Lo que pasa es que la nueva crítica está tratando desde hace años de explicar en un sistema más o menos coherente y más o menos completo lo que los buenos escritores siempre han sabido (y celado).

El segundo texto de la antología es también un ensayo breve en el que Héctor Rojas Herazo, con una prosa inteligente y eficaz, nos da el mejor consejo que pueda dar un escritor: leer el diccionario. Este es el rito de iniciación de cualquier labor seria con las palabras, desde la escritura de novelas hasta los discursos y las cartas de negocios. En sus notas al texto, Darío Jaramillo aconseja algunos diccionarios concretos. Yo agregaría un diccionario sobre los diccionarios: *Madre Academia* de Luis Prieto, el mexicano.

Después sigue una crónica de Samper Pizano, divertidísima como siempre, sobre las tareas (al final del libro aparece también un relato suyo, igualmente bueno, sobre la primera borrachera). Hablando de tareas, como es de esperarse que en todos los colegios hagan comprar esta antología para los primeros ejercicios de lectura, quisiera proponer otro "tema de ejercicio", como los llama Jaramillo. En el libro se leen, no digo dónde, las siguientes palabras: *exhuberantes*, *torácicos*, *contorneo*. Pues bien, los estudiantes, siguiendo el consejo de Rojas Herazo, podrían dar en estos casos algunas sugerencias ortográficas. Aunque aquí, para ser exactos, se trata de hipercorrecciones. Y como la gran María Moliner no le da certificado de existencia a esta última pala-

breja, me explico: hipercorrección es eso que cometen muchos hablantes cuando pronuncian *escena* como si se escribiera con equis; o lo que hacen los que, hablando mal de un poeta, se refieren a él como Raúl Henado: o lo que hace Juan Gustavo Cobo Borda cuando —en una colección de poesía por lo demás perfecta— llama *espúreas* a las rumiadas hazañas de los viejos que, estoy de acuerdo, son casi siempre espurias. Y no digo más sobre la hipercorrección, porque después me dicen hipercrítico.

Dos o tres de las lecturas propuestas en la antología tienen una de las siguientes características: la abundancia de palabras entre comillas o la superabundancia de palabras en diminutivo. Algo que no se sabe biencito es por qué los jovencitos que escriben sobre niñitas piensan que es mejorcito decirlo todito con diminutivos. ¿No se dan cuenta de que hacer esa bobadita es como escribir con aumentativos los cuentos sobre los viejotes? Digo esto a propósito de *Violeta* de Carlos Gustavo Álvarez. Lo del exceso de comillas (un buen ejemplo está en la divertida parodia de Rafael Arango Villegas donde cuenta la historia de la expulsión del Paraíso Terrenal ambientada en una hacienda donde Dios, faltaba más, es el terrateniente) es un problema de falta de confianza en sí mismos que tienen algunos escritores cuando usan una palabra que no está en el diccionario. Para que los hipercríticos no les digan que no son castizos, la ponen entre comillas. Me hubiera gustado que en este caso el antólogo les explicara a los adolescentes que de tanta comilla, ahora que hemos perdido el complejo de hablar un español subdesarrollado, ya no hay necesidad.

Un par de Vélez, el uno Luis Fernando y el otro Jaime Alberto, proponen textos estupendos. El primero por la novedad, la belleza y la importancia que tienen sus rescates de textos de la tradición indígena (y en este mismo tipo de trabajo también hay que elogiar las transcripciones de Germán Castro Caycedo y de Ivón Yanet Prada) y el segundo por un minirrelato que en once líneas con-

densa una serie de sutilezas admirables. Decir mucho en pocas palabras es algo que también logra, brillante como en todo lo suyo, Andrés Caicedo: En *Destinitos fatales* retrata el sectarismo miope de la izquierda ortodoxa y hace, al mismo tiempo, una sorpresiva incursión en lo fantástico.

Otros cuatro textos breves de indudable calidad son *Teoría de las puertas* de Luis Vidales, que posee el horror surreal de las simetrías absolutas; *La monja y el río* de Gonzalo Arango, con el horror real y casi tierno) del fanatismo absoluto: *Un Caruso en el piso alto* de Elkin Restrepo, buen divertimento que recuerda a Cortázar; y *El sueño de los insectos* de Álvaro Mutis, buena muestra del tono sentencioso del nuevo sabio Mutis. En estos cuatro casos, a una gran brevedad corresponde una gran densidad. Al lado opuesto, como en una inversión proporcional, la longitud de *La cacería del gigante por Croar, Croir, Crouer* etc. corresponde a su vacuidad.

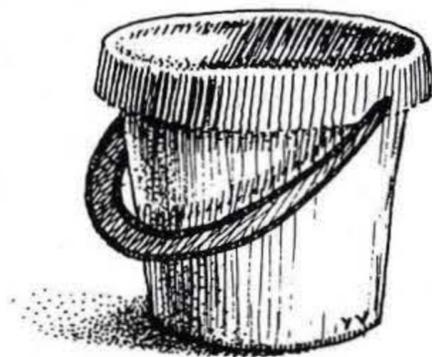
Tenemos luego un García Márquez todavía verde, pero ya con amagos de sapiencia narrativa en su *Final de Natanael*. La alusiva-obsesiva repetición de las latas de avena Quaker en el mayor escritor colombiano, es también el tema del texto de Álvaro Cepeda Samudio *A García Márquez Juana le oyó...* Su lectura me hizo recordar que en *El coronel no tiene quién le escriba* una de las descripciones de la esposa del protagonista se apoya también en la imagen del caballero de la blanca peluca (en la edición de Aguirre está en la pág. 67).

Y el libro no termina aquí. Los muchachos que se animen a leerlo encontrarán otros textos bastante amenos entre las lecturas que propone Jaramillo Agudelo en su bien balanceada y afortunadamente poco pretenciosa antología. Entre los que ya no tengo espacio para comentar hay dos, sin embargo, que más que amenos me parecen bobos. Me figuro que para los estudiantes será una tarea agradable y divertida descubrirlos. Los títulos no los sé, si los sé mas no los digo.

Quisiera terminar la reseña con

dos propuestas para el poeta de *Historias*. Bernard Shaw escribió una colección de *Comedias agradables*, pero tuvo la buena idea de escribir también un conjunto de *Comedias desagradables*. Me parece que sería bueno imitar la dicotomía de Shaw y publicar también una *Antología de lecturas poco amenas*. Y la segunda propuesta: una *Antología de poesías para aprenderse de memoria*. Porque saber poemas de memoria, decía Italo Calvino, es una de las mejores terapias para la desdicha. Eso sí, que no vaya a estar la de "te adoro en mi silencio mudo", ni vaya a faltar la de "uno debería aprovechar la poesía".

HÉCTOR ABAD



Los muisca al alcance

El último cacique de la Sabana

Luz Arrieta de Noguera

Ediciones Aurora, Bogotá, 1985, 106 págs.

Escrito como novela para niños y adolescentes, sin pretensiones de carácter científico, *el último cacique de la sabana*, de María de la Luz Arrieta de Noguera, recrea la historia de la nación muisca del altiplano cundiboyacense, desde poco antes de la llegada de los españoles hasta el comienzo de la colonia y la consolidación del sistema de encomiendas. Basado en las crónicas de la conquista, especialmente en *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle, agrega intencionalmente una buena dosis de drama al curso de los acontecimientos, la cual incluye la creación de personajes que no se mencionan en los documentos históricos.

Básicamente, en el texto se entrelazan una descripción de los últimos días del cacique de Bogotá, las luchas entre éste y el de Guatavita por el predominio político en el territorio muisca, la invasión española y los amores de dos conquistadores, don Diego de Rivadeneira y Lázaro Fonte, con dos mujeres muisca. Además del texto, el libro contiene dibujos realizados por Hernando Vergara y una corta bibliografía, en la cual se relacionan las obras de carácter científico de los cuales la autora tomó datos.

El objetivo de *El último cacique de la Sabana* es presentar a la juventud colombiana una novela fácil de leer, sobre un tema que generalmente sólo se trata en los informes técnicos de arqueólogos, antropólogos e historiadores. En este punto, por cierto, constituye un buen ejemplo de la labor positiva que pueden, y deben, realizar los escritores profesionales con el fin de dar a conocer a un amplio público lector la historia precolombina.

En el manejo de algunos términos y conceptos, aún discutidos entre los especialistas, el trabajo de María de la Luz Arrieta de Noguera presenta un balance positivo. Las nociones de una abundante y variada producción agrícola, la idea de reglas de filiación matrilineal y el proceso de aprendizaje de los caciques son bien entendidas y se presentan al joven lector de forma clara y didáctica. En particular, llama la atención el uso que se le da a la ceremonia que los Españoles llamaron "correr la tierra", como una fiesta de carácter comunal realizada con el fin de adorar a los dioses y distribuir regalos, pues está mucho más acorde con las fuentes históricas que con las interpretaciones recientes de algunos investigadores.

Hay aspectos, sin embargo, acerca de los cuales es necesario hacer notar ciertas ambigüedades. Desde el punto de vista puramente técnico, no parece justificada la mención de "minas de sal", indígenas "mercenarios" o "jeroglíficos pintados sobre mantas", en la medida en que los muisca, si bien conocieron

la explotación de fuentes de agua salada, no usufructuaron *minas* propiamente dichas, y dado que el uso de los últimos términos no se ve sustentado por ninguna investigación etnohistórica reciente. Otro detalle, que bien puede ser error de los impresores, es el de hacer limitar el territorio de los muisca con el de indígenas *calimas*, obvia confusión con los *colimas* del valle del Magdalena. En otros casos, existe cierta visión de la comunidad muisca, que si bien se acomodaría a una caracterización de la sociedad colombiana actual, no resulta adecuada para entender grupos prehispánicos. Tal es el caso de la mención sobre caciques "tiranos", "impuestos", jeques que celebran "ritos extraños" —y de manera muy especial— la opinión que se nos ofrece sobre los panches como tribu salvaje y sanguinaria.

De la lectura de *El último cacique de la Sabana* se desprende la necesidad de realizar nuevas obras de divulgación sobre temas que se relacionen con los habitantes precolombinos de esta nación. La novela de María de la Luz Arrieta de Noguera constituye un ejemplo útil para emprender trabajos adicionales (y, ¿por qué no?, más novelas) que, idealmente, deben ser el resultado del esfuerzo conjunto de escritores, antropólogos e historiadores. Colombia no debe ser la excepción en el manejo de la información sobre grupos humanos que poblaron su territorio en tiempos pretéritos, con el fin de forjar una sociedad menos hostil hacia rasgos culturales diferentes de los normalmente aceptados.

CARL HENRIK LANGEBAEK

Ensayando recetas

La mujer que engullía animales

Germán Rueda

Ediciones Algalia, Bogotá, 1985, 153 págs.

De Germán Rueda no contamos con otra información fuera de la que trae el libro. Dice allí que es de Duitama, que nació en 1956 y que "no hay da-